

GOYA, FORTUNY Y LA ICONOGRAFÍA DE LA “BATALLA DE LOS CASTILLEJOS”

Javier Gallego*

El autor se adentra en uno de los hechos más significativos de la historia del ejército español desde el punto de vista iconográfico: La Batalla de los Castillejos. La confrontación se produce dentro de *La guerra de África* (1859-1860). Se da a conocer un cuadro desaparecido que representa la Batalla de los Castillejos, cuadro realizado por Fortuny. Para ello el artista español siguió la composiciones de Goya “*El 2 de mayo de 1808 en Madrid*” o “*La lucha con los mamelucos*”.

Palabras clave: Guerra de África (1859-1860), Batalla de los Castillejos, Fortuny, Goya

The autor enters in one of the important facts of the history of the Spanish army from the point of view of the image: : Battle of the Castillejos. The fight takes place inside the war of Africa (1859-1860). It announces a missing picture It represents the battle of the Castillejos realized for Fortuny. The Spanish artist followed the of Goya: “*El 2 de mayo de 1808 en Madrid*” o “*La lucha con los mamelucos*”.

Key words: War of Africa (1859-1860), Battle of the Castillejos, Fortuny, Goya.

***Javier Gallego** es perito judicial, perito tasador de antigüedades, perito conecedor arte-pintura, **connaisseur** de la obra de Francisco de Goya y Lucientes y Mariano Fortuny y Marsal. Autor de diversos artículos sobre la obra de Goya (*El connaisseur ante la utilización de los Análisis Científicos: a propósito de la atribución a Goya del boceto “La Coronación de la Virgen por la Santísima Trinidad”* publicado en la Revista de la la Asociación de Peritos Judiciales) . Comisario (enero 2014) de la Exposición “*Talavera en Goya :La Tauromaquia, Bocetos y Dibujos*”, Talavera de la Reina (Toledo) Museo Rafael Morales . Conferenciante (enero 2014) Conferencia *La técnica pictórica de Goya* Talavera de la Reina (Toledo) Centro Cultural.

El día 6 de diciembre de 1814 nació en la población catalana de Reus Juan Prim y Prats, uno de los personajes más fascinantes de la historia de España. Olvidado por los historiadores, en los últimos años ha vuelto a la escena mediática como consecuencia de una controvertida investigación forense que trata de aclarar las causas de su fallecimiento el día 30 de diciembre de 1870 como consecuencia de las heridas sufridas en el atentado del que había sido objeto tres días antes¹. Prim es el prototipo por excelencia del héroe romántico forjado en las guerras carlistas y las contiendas del Ejército español en el norte de África. Su *curriculum vitae* parece sacado de una novela de aventuras mas que de una vida real: poseedor de la Laureada de San Fernando; Diputado a Cortes por Tarragona, Barcelona y Vich; Presidente del Consejo de Ministros; Ministro de la Guerra; Capitán General de los Ejércitos; marqués de Castillejos, conde de Reus y vizconde del Bruch; Capitán General de Puerto Rico; Plenipotenciario del Gobierno en México; Gobernador Militar de Barcelona; desterrado en Oviedo; exiliado en Francia, Inglaterra e Italia; Observador Internacional en la Guerra de Crimea; político liberal y luego conservador; espía; diplomático; golpista, conspirador, etc,

Ese mismo año de 1814 los pinceles de Francisco de Goya y Lucientes alumbraban una de las obras cumbres de la pintura española: “*El 2 de mayo de 1808 en Madrid*” o “*La lucha con los mamelucos*”(Madrid, Museo del Prado, óleo sobre lienzo, 268,5 cm x 347,5 cm, **fig. 1**).

¹ Estudios promovidos principalmente por Francisco Pérez Abellán, investigador, periodista y profesor del departamento de criminología de la Universidad Camilo José Cela Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014



Fig. 1

Ambos –Prim y lienzo de Goya, aparentemente inconexos- con el paso de los años convergerán en la iconografía de uno de los hechos más significativos y brillantes de la historia del Ejército español: La batalla de los Castillejos (1860).

El día 30 de diciembre de 1859 la Diputación de Barcelona acuerda enviar al pintor catalán Mariano Fortuny y Marsal (1838-174) al conflicto bélico que se había desatado en las posesiones españolas del norte de África y que la historiografía ha venido en llamar *La Guerra de África* (1859-1860). El acta que recoge el mandato que debería cumplir el reusense es bastante claro: “(...) consecuencia de una proposición hecha por el Señor Durán y Bas para que la Diputación mande , a costas de la provincia al teatro de la guerra al pintor que consignará al lienzo los acontecimientos mas memorables de la gigantesca lucha que la Nación sostiene en desagravio de su honor ultrajado por Marruecos, se acordó que el joven pintor Don Mariano Fortuny que la provincia tiene pensionado en Roma y cuya pensión está por concluir , pase al África a desempeñar tan honroso cometido, a cuyo fin se le avise confidencialmente el

*acuerdo de la Diputación para que regresando a esta Capital se presente a recibir las correspondientes instrucciones para asegurar el buen éxito de aquel*²

Esa era la finalidad: reflejar pictóricamente las hazañas y gestas del general Prim y del Batallón de 466 Voluntarios Catalanes destinados a luchar en la contienda, cuyos gastos habían sido sufragados por la Diputación barcelonesa.

De la lectura del acta por el que se realiza el encargo al pintor de Reus ya atisbamos la oleada de adhesiones y apoyos que concitó en la ciudadanía este conflicto. Muchos historiadores no dudan en afirmar que estamos en presencia de la primera guerra retransmitida en *directo*; eso sí con los medios propios de la época: periódicos, fotografías y todo tipo de registro gráfico. Los mas prestigiosos medios de comunicación nacionales e internacionales no repararon en gastos y se hicieron eco del conflicto. Allí mandaron a su primeros espadas: Frederick Hardman (periodista de *The Times*), Pedro Antonio de Alarcón (donde escribió su conocida obra *Diario de un testigo de la Guerra de África*), Charles Yriarte (corresponsal de *Le Monde Illustré de Paris*), Enrique Facio y José Requena López (fotógrafo), Gaspar Núñez de Arce, Carlos Navarro Rodrigo y Juan Antonio Viedma (periodistas), José Vallejo y Galeazo (dibujante), etc.

Las cuestaciones y donaciones populares destinadas a sufragar los gastos de la contienda bélica brotaron por doquier a lo largo y ancho de toda España, tanto en dinero como en especie; en las provincias vascongadas se recaudaron cuatro millones de reales en apenas unos pocos días; mas de una veintena de piezas de artillería costeadas por la nobleza andaluza entregadas a las tropas; cien bueyes y trescientas ovejas donadas por el torero Cúchares; veinticinco onzas de oro por atender a los soldados heridos naturales de Villanueva y Geltrú; 15.000 reales mediante suscripción abierta en el casino gaditano para la curación de heridos y así un largo etcétera.³

El Gobierno de la Unión Liberal encabezado por O'Donnell impulsó una operación propagandística y trato de levantar –y lo consiguió– con la contienda una enorme cortina de humo con la finalidad de tapar ante la opinión pública los graves problemas socioeconómicos que aturdían a la España de la época. Desde las instituciones controladas por el Estado –llámese ,a modo de ejemplo, Real Academia de la Lengua- se llegó al extremo de convocar un concurso poético para ensalzar las hazañas de las tropas. Baste con analizar el contenido de la obra ganadora para darse cuenta del discurso ideológico de la misma⁴; la guerra como continuación de la reconquista iniciada contra la invasión musulmana en el año 711; el reverdecimiento

² ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.) , 29, fol. 512 r, *Actas de la Diputación Provincial de Barcelona, de 14 de noviembre de 1856 hasta el 26 de marzo de 1860, sesión de 30 de diciembre de 1859*

³ ACASO DELTLL, Salvador.: *Una Guerra Olvidada, la campaña de Marruecos de 1859 y 1860*, Inédita Editores, Barcelona, 2007

⁴ CERVINO, Joaquín José :*España en Marruecos, Poema premiado en el certamen extraordinario abierto por la Real Academia Española*, Madrid, 1860
Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014

de los laureles del Imperio forjado bajo la dinastía de los Habsburgo y el papel de España como centinela y guardián de las esencias de una Europa cristiana apostólica y romana.

En medio de este clima bélico y de proclamas patrióticas Fortuny aceptó inmediatamente el encargo de la Diputación. Años más tarde el propio artista se sentía arrepentido de la decisión tomada: *“Es cierto que en 1860 siendo yo bastante joven acepté irreflexivamente un encargo para cuya ejecución se destinaba una suma que aunque se creyera importante como remuneración del trabajo, era sin duda insuficiente para la materialidad de los gastos que los estudios de semejante obra requerían, pues agotados, con los que se hicieron las dos terceras partes del presupuesto, se hubiera consumido este con los que faltaban por mi hacer si el destino de la pensión que disfrutaba no hubiese venido a imposibilitarme de seguir trabajando en el cuadro”*⁵. Pero, en principio, Fortuny aceptó y el mismo estableció las condiciones del mandato: se comprometió a elaborar cuatro cuadros de gran formato y seis de medio que debían reflejar los principales escenarios y acontecimientos del enfrentamiento. El montante total del encargo ascendía a la nada despreciable cantidad de 40.000 reales. El artista también pidió un largavista, una tienda de campaña, cuatro mantas, dos sillas de tijera, una mesita, un abrigo, un criado y su manutención⁶.

También parece que apalabró con el Ayuntamiento de Reus la entrega de un retrato del general Prim.⁷

La misión artística encomendada a Fortuny en modo alguno se limitaba a realizar la labor propia de un cronista gráfico, él era plenamente consciente de la misión encomendada: *“(…) dedicarme a hacer los estudios que sean necesarios para trasladar al lienzo los episodios de la gran lucha española y acontecimientos memorables que sean dignos de transmitirse a la memoria de las generaciones venideras”*. Debía y tenía la obligación de realizar cuadros de Pintura Historia en base a sus propias percepciones en el mismo escenario de los hechos, todo ello para mayor gloria de la Patria y del Ejército español. Como vemos es la propia Diputación la que desde un principio marca a Fortuny las pautas a seguir, le va señalando la senda. Tales exigencias no hacían sino acentuar la progresiva incomodidad del pintor con el encargo. Cuando regresó a Roma –tras su periplo parisino- fue cuando realmente

⁵ ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.), *Expedientes de Cultura, Expediente relativo al artista Mariano Fortuny*, fol. 88. Carta de Mariano Fortuny dirigida al Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, Paris, 2 de mayo de 1870.

⁶ Ver solicitud de Mariano Fortuny a la Diputación de Barcelona del 27 de enero de 1860, ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.), *Expediente de Cultura, Archivo 1386. Negociado de Bellas Artes. Expediente relativo al artista Mariano Fortuny, año 1857*, fol. 31-32, Carta de Mariano Fortuny a la Diputación de Barcelona, Barcelona de 27 de enero 1860

⁷ FORT PRATS, Jaime: *Anales de Reus desde 1860 hasta nuestros días*, Reus, 1928, vol. I, p. 104

Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014

percibió con estupor el reto al que se enfrentaba llegando a definir la obra encargada – en palabras de Folch i Torres- como “*una exclavitud*” y acabo refiriéndose, despectivamente, a ella ,como “*el gran cuadro*”.

Cierto es que este tipo de encargos no podían en modo alguno considerarse novedosos, otros países habían contratado los servicios de pintores con el objeto de inmortalizar las hazañas de sus ejércitos en una época de plena expansión colonial de las principales potencias europeas en el continente africano. Era el caso del Gobierno francés con el encargo hecho a Horacio Vernet (1789-1863) con motivo de la conquista de Argelia. De hecho tras el regreso de África de Fortuny la Diputación de Barcelona le paga un viaje a Paris para “*inspirarse*” en estas obras, en particular la obra de Vernet titulada *La toma de Smala de Abd-el-Kader por el duque de Aumale en Taguin* (Château de Versailles, Versailles, óleo sobre lienzo, 4,89 m x 21,39 m, 1844).

En su primera experiencia africana –coincidiendo con la guerra- Fortuny pintó más de doscientos bocetos, dibujos y acuarelas que sirvieron para el estudio y preparación de los cuadros objetos del encargo, trabajos que se expusieron con gran éxito en el año 1862 en el Salón de Sesiones de la Diputación de Barcelona. Precisamente en el mes de marzo de ese mismo año de 1862 la Diputación barcelonesa financia un segundo viaje del artista de Reus a Marruecos con la finalidad de seguir tomando notas y apuntes que le sirvieran para confeccionar las obras contratadas, especialmente en lo relativo a los escenarios del conflicto.

Tras retrasos y dilaciones en 1863 la Diputación de Barcelona libera a Fortuny de la mayor parte del compromiso adquirido: realizaría un solo cuadro de grandes dimensiones y se le otorga al pintor una prórroga de dos años más de pensión. El nuevo encargo se limitaría a la confección del “*gran cuadro*”: “*La batalla de Tetuán*” (Barcelona, Museu Nacional d Art de Catalunya, óleo sobre lienzo, 300 x 972, 1863-1865). Tras diversas tiras y aflojas con la Diputación el artista se libera definitivamente del compromiso; Fortuny tuvo que abonar a la Institución catalana 4200 escudos. Tras la muerte del pintor la Diputación adquirió a su esposa Cecilia Madrazo el “*gran cuadro*” por 50.000 pesetas.

El otro cuadro -*La batalla de Wad-Ras* (Madrid, Museo del Prado, óleo sobre papel sobre tela, 54 x 185 cm, hacia 1860-1861)- Fortuny se lo regaló a su amigo Buenaventura Palau. Posteriormente fue vendido al Estado con destino al Museo del Prado, donde se encuentra actualmente.

Hasta aquí, y a grandes de rasgos, las vicisitudes de la gestación de los lienzos que representan dos de las tres batallas de la guerra de África: Tetuán y Wad Ras. Pero no olvidemos que falta la representación pictórica en lienzo del primer choque (1 de enero de 1860) que se produce en el conflicto: la batalla de los Castillejos. Está batalla tuvo como protagonista principal al general Juan Prim y Prats, catalán y de Reus como nuestro pintor. Está fuera de toda duda que Fortuny debió pintar este episodio donde Prim se encumbró como un héroe nacional otorgándosele –por su Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014

actuación- el título de marqués de los Castillejos. Precisamente estamos ante uno de los hechos que debería pintar y que estaba reflejado expresamente en el mandato de la Diputación.

Fortuny llegó a Marruecos el día 12 de febrero de 1860. La batalla de Los Castillejos se había producido el día 1 de enero de ese mismo año. Luego fue –al igual que la batalla de Tetuán- un hecho no presenciado directamente por el pintor. Aun así sabemos que una vez concluidas las hostilidades y de regreso a la Península Fortuny –acompañado por Escriu- decide pasar por el campo de Los Castillejos con la finalidad de tomar notas y preparar un boceto que debía trasladar al lienzo y en el que reflejaría el llamado “*episodio de las mochilas*” protagonizado por Prim. Efectivamente el reusense confecciona un dibujo a lápiz y gouache sobre papel (Institut Municipal de Museus de Reus, 43,5 x 57 cm, 1860). Aquí se representa al general a caballo en lo alto de un cerro enarbolando la bandera del batallón nº 10 de Córdoba, la silueta del militar resalta en medio de unas nubes blancas que coronan la cima. Como se puede apreciar en este estudio preparatorio Fortuny tenía en mente seguir el esquema compositivo que finalmente adoptó en *La batalla de Tetuán* y *La batalla de Wad Ras*. Hasta aquí y hasta la fecha es la única representación pictórica que Fortuny hizo de batalla de los Castillejos.

Pero las cosas pueden cambiar a partir de ahora con la aparición de un lienzo en una colección particular madrileña firmado y fechado Fortuny 1867 (óleo sobre lienzo, 58 x 74 cm, 1867, **fig.2**). *La batalla de Los Castillejos* que aquí presentamos –coincidiendo con el bicentenario del nacimiento del general Prim (1814-2014) -en modo alguno podemos parangonarla con los otros dos lienzos del maestro catalán: *La batalla de Tetuán* y *La batalla de Wad-Ras*, ni desde el punto de vista de su propio formato ni desde un aspecto puramente compositivo. Quizás el único elemento común a las tres obras lo constituye el hecho que en ellas se sirve de los apuntes tomados al natural (dibujos, acuarelas y bocetos al óleo) en sus dos viajes a África junto con estudios que realiza en su propio taller. Como botón de muestra sirva el boceto preparatorio al óleo de “*La batalla de Tetuán*” (Colección particular, óleo sobre cartón, 11 x 16 cm, **fig.3**) que utiliza tanto en *La batalla de Tetuán* (grupo de soldados que aparecen en la parte derecha del cuadro, según mira el espectador, **figs.4 y 5** detalle) como en *La Batalla de los Castillejos* (ver el escorzo del soldado español que esgrime la espada a modo de señal de ataque –**fig. 6** del boceto- y compárese con el oficial del ejército español que arenga a las tropas en la de *Castillejos*, detalle **fig. 7**).



Fig. 2



Fig. 4



Fig. 5



Fig. 3



Fig. 6



Fig. 7

Tanto en *La batalla de Tetuán* como en *La batalla de Wad Ras* la acción se desarrolla en una planicie perfectamente definida e iluminada; poseen una línea de horizonte elevada; en ambas se establece un triángulo narrativo en cuyos vértices se desarrollan las distintas escenas con inconexas masas de soldados y combatientes ora abigarrados, ora asilados; del mismo modo se advierte la inexistencia de un foco visual, dispersando la atención del espectador hacia la multitud de escenas y situaciones. Escenas, en definitiva, forzadas en una *Grande machine* o gran telón de escena de historia de varios metros rebosantes de una teatralidad forzada.

Muy distinto del formato y la composición que nos ofrece este lienzo de *La batalla de Los Castillejos* que sin llegar al *tableautin*, o pequeño cuadro de género, nos muestra en toda su plenitud el virtuosismo de Mariano Fortuny en una obra de clara influencia goyesca, como tendremos ocasión de demostrar. Este cuadro gira en torno a la figura principal del general Prim en el centro de la composición y capta el preciso instante en que el militar de Reus, enarbolando la bandera del Batallón de Córdoba nº 10, blande el sable contra un guerrero musulmán. Fortuny pinta esta escena siguiendo la descripción que Pedro Antonio de Alarcón relata de los hechos en su *Diario de un testigo de la Guerra de África*⁸

“Ceuta, 1º de enero de 1860, a las once de la noche.

⁸ He utilizado aquí edición ilustrada de Gaspar y Roig, Madrid 1860
Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014

¡Qué día! ¿Cuándo, dónde principió? Yo no lo recuerdo... Una nube de sangre y fuego envuelve toda mi alma... La embriaguez del horror y del entusiasmo embarga aún mi corazón...

Ni es esto todo... Estoy muy enfermo; tengo fiebre, me hallo en cama no sé para cuantos días. Unos brazos, mucho más crueles que piadosos, me han arrancado del seno del ejército y me han traído a esta ciudad apestada. Además, he perdido mi caballo..., o, más bien dicho, he sido abandonado por él..., se me ha escapado, no sé hacia dónde..., no sé en qué momento... Hállome, en fin, en una casa que no conozco, entre unas nobles personas que nunca he visto, en una situación de que no acierto a darme cuenta...

Necesito hacerme luz en tanto caos. ¡Ahora nada veo, nada oigo, nada distingo, sino el conjunto desordenado de la batalla, el estampido de un millón de tiros, el cúmulo de los muertos, los arroyos de sangre, los torbellinos de humo, el volar de los caballos, el relucir de las armas, los gritos de dolor y de cólera, y, sobre esta confusión, sobre este infierno, siempre la misma atmósfera inflamada, el mismo sol ardiente, la misma luz abrasadora!

¡Siete horas hace que expiró en el ocaso la última lumbre de ese día, y yo la veo brillar aún, y me quema los ojos, y enciende la sangre de mis venas!

Algunas leguas me separan ya del teatro del combate; estoy solo, en una sosegada casa de Ceuta, rodeado de paz y de silencio, ¡y creo aún encontrarme allí, en aquel valle, sobre aquella montaña; y oigo el estruendo de la pólvora, y el silbido de las balas, y las voces de mando, el rodar de la artillería, y los golpes del pico y de la pala, y el bárbaro concierto de tanta furia, de tanta destrucción, de tanto estrago!...

Voy a coordinar mis recuerdos... Voy a tomar desde su principio este larguísimo día, que abulta en mi imaginación tanto como un año... Voy a conducirlos al través de sus tumultuosas horas, a fin de que veáis, como yo los vi, unos acontecimientos que vivirán tanto como la historia. Y bien haya la fiebre, si ella contribuye a darme energía para seguir escribiendo toda la noche.

El día de hoy amaneció purísimo y sereno. Era el primero de un nuevo año, y el ejército español lo festejaba tomando la ofensiva contra los marroquíes.

Desde antes de rayar la aurora empezaron a desfilar por la playa del Tarajar la división mandada por el general Prim, con dos escuadrones de Húsares y dos baterías. Detrás de estas fuerzas, sabíamos que habían de pasar el SEGUNDO CUERPO y el cuartel general del general en jefe.

Cuando ya fue día claro, hice abrir mi tienda; y desde la cama, donde me retenía un ligero accidente, contemplé durante una hora aquella marcha importantísima, cuyo resultado no podía menos de ser (esto lo preveía todo el mundo) una nueva acción, y quizá toda una batalla.

Desapareció, en fin, el último soldado con dirección al nuevo camino, cuya solemne inauguración se verificaba en aquel instante, y yo me quedé solo, en la cruel ansiedad Goya, Fortuny y la iconografía de la "Batalla de los Castillejos". Javier Gallego. 2014

que podéis suponer, mientras que todo el TERCER CUERPO se hallaba formado en las trincheras (de orden del general O'Donnell), dispuesto a marchar de frente y caer en el Valle de los Castillejos por su mayor altura, si así lo requerían los acontecimientos.

Transcurrió una hora más, y eran ya las ocho, cuando empecé a oír un cañoneo lejano y bastante vivo...

-¡Esto es hecho! -le dije a mi criado, pidiéndole ayuda.

Y me levanté de la cama como pude, y salí a la puerta de la tienda.

¡Ni una persona en el valle! Todo era tranquilidad y reposo en torno mío... Nadie iba ni venía por el Camino de Tetuán. En cuanto al TERCER CUERPO de ejército, todo él estaba allá arriba, como he dicho, atento a la batalla que sus compañeros reñían en aquel instante a una legua de distancia, y esperando, arma al brazo, la orden de correr en su defensa.

Así permanecí largo tiempo, oyendo un fuego cada vez más vivo...

Al cabo empezaron a aparecer a un mismo tiempo, de un lado camillas de heridos, que venían del teatro de la acción, y del otro el SEGUNDO CUERPO, que se encaminaba a él. Las tropas de refresco y las que ya habían quedado fuera de combate, se cruzaban, por consiguiente, en las arenas de la playa o en la estrecha carretera de los Castillejos, el soldado que se dirigía en busca de gloria veía antes que nada a sus compañeros y amigos, que ya regresaban hacia el hospital o hacia la tumba.

-Anda -le dije a Soriano-, y pregunta a aquellos heridos cómo va la acción.

Entretanto, el general en jefe y su cuartel general pasaron también por la orilla del mar con dirección al fuego, y en pos de todas aquellas fuerzas iban tiendas, equipajes, víveres, municiones y toda la impedimenta de los dos cuerpos de ejército que habían avanzado.

Esto me tranquilizó, por cuanto revelaba seguridad de vencer en el combate ya principiado, y resolución de acampar en el sitio que más nos conviniera.

En aquel momento volvió mi criado, descompuesto el rostro y presa de la mayor agitación.

-¡Se da una gran batalla! -me dijo-. Los Húsares de la Princesa han cargado, llegando hasta el Campamento moro... ¡Tenemos muchos muertos..., muchos! ¡El enemigo no quiere dejarnos pasar por los Castillejos!... Allí esperaba a los nuestros toda la morería; pero el general Prim se está portando como un héroe... Los Húsares han hecho el gasto... Los dos escuadrones están reducidos a la mitad.

¡Figuraos mi agonía! La imaginación, que todo lo abulta, me hizo temer todo linaje de complicaciones... ¡Había llegado, pues, el caso de realizar mi plan de la víspera, el cual era abandonar mi ya inactivo cuerpo de ejército, para ir a unirme a los que marchaban de vanguardia!... Ros de Olano me perdonaría.

Monté, pues, a caballo como Dios me dio a entender, y partí... ¿A dónde? ¡En busca de la patria en peligro!...¿Para qué? ¡Para nada, triste de mí, que de nada podía valerle!... ¡Para morir por ella, en todo caso!

A poco que anduve me encontré a un jinete que subía lentamente por en medio del valle del Tarajar.

Venía muy pálido, y regía su caballo con la mano derecha. La izquierda la traía oculta bajo los pliegues de su poncho.

Era D. Cándido Pieltaín, el coronel del Príncipe, que se retiraba del combate con el brazo izquierdo atravesado por una bala.

Por él supe que la batalla no se presentaba tan mal como se me había hecho suponer, pero que era reñidísima; que el general Prim avanzaba siempre sobre los enemigos, y que los escuadrones de Húsares se habían rehecho después de devolver a la alevosa morisma daño por daño, muerte por muerte, y de haberle arrebatado una bandera.

El bravo coronel siguió a caballo por el camino de Ceuta, impávido, sereno, excitando tanta piedad como admiración, y yo continué mi marcha hacia los Castillejos, algo más alegre y confiado.

Toda la carretera (de una legua de longitud) se hallaba cubierta de heridos que venían en camillas, en mantas, sobre los hombros de sus compañeros, y hasta sentados en cruces, de fusiles...

Por aquella gente fui sabiendo pormenores y episodios, o sea triunfos y desgracias particulares, que no me daban verdadero conocimiento del comienzo y desarrollo de la batalla.

Cerca ya de los Castillejos encontré cinco moros heridos, escoltados por guardias civiles, que los defendían de la cólera de algunos soldados rencorosos, quienes, recordando quizá la muerte de algún hermano o amigo, mostraban deseos de vengarla.

Con este motivo presencié discusiones acaloradísimas entre los feroces y los compasivos, en que acababan siempre por triunfar los últimos; pues nadie se atrevía a contestar a las siguientes preguntas que hacían llenos de nobleza:

«¿Somos nosotros tan salvajes como los africanos? ¿No nos hemos de diferenciar de ellos? ¿Es hazaña propia de españoles cebarse en un hombre indefenso, en un herido, en un moribundo? ¡El que quiera vengarse que busque moros armados! Ese

tiroteo que oís os indica que aún quedan muchos y que se encuentran cerca... ¡Marchad, pues, en su busca, y sed generosos con los que ya están vencidos!»

Estas o parecidas palabras no podían menos de encontrar eco en pechos cristianos, y los heridos marroquíes pasaban al fin confundidos con los nuestros, sin que los guardias civiles tuviesen que intervenir en el asunto.

Por lo demás, los pobres prisioneros eran tan miserables como los cadáveres moros que vi el día 25. Sólo uno de ellos se distinguía por llevar un poco más de ropa, y otro por su rostro imberbe y por su larga cabellera negra.

Esta circunstancia hizo que muchos, acostumbrados a ver a los moros completamente rapados y con toda la barba, tomasen a aquel individuo por una mujer; pero lo cierto, según he sabido esta noche (pues los cinco cautivos se encuentran también en Ceuta), es que la pretendida mora y efectivo moro dan por resultado un derviche, especie de peregrino o monje muy respetado por los musulmanes.

Cátanos ya entre nubes de humo y ensordecidos por el estruendo del cañón. Hemos dado vista al Valle de los Castillejos... Son las doce de la mañana.

Ya he descrito este valle, abierto entre ásperos montes que bajan hasta la playa, situada a nuestra izquierda, y que suben por la derecha, juntándose hasta formar cierta angosta cañada...

Desde estos montes era facilísimo estorbar la marcha de nuestro ejército, y de aquí la necesidad de ocuparlos previamente, como también la tenacidad con que los han defendido hoy los moros.

Muy cerca del camino se levanta la casa del Morabito, sobre una colina aplanada, y en ella se encontraba va situado el cuartel general de O'Donnell, quien dirigía la acción con su impasibilidad acostumbrada.

Abarquemos también nosotros desde allí todo el teatro del combate.

Estamos de espaldas al mar, desde donde algunos vapores y lanchas cañoneras barren a cañonazos la llanura de la izquierda, teniendo a raya a los moros por aquel lado. Entretanto, embárcanse por la derecha heridos y más heridos, que dentro de algunas horas se encontrarán en Algeciras, en Cádiz, en Málaga y otros puertos. En medio del llano se ven formados los dos escuadrones de Húsares que tanta gloria han alcanzado hoy, siquier a precio de tanta sangre... Los huecos de sus filas se han embebido al rehacer la formación; pero no por ello deja de notarse lo muy mermada que ha quedado esa legión de héroes... Enfrente de los mismos Húsares, ofrécese a la vista el principio de la retorcida cañada en que penetraron hace pocas horas, y donde han quedado tantos de sus compañeros... ¡Aún se ven a la entrada de aquel misterioso antro algunos caballos muertos, algún cadáver de moro, algunos rastros de sangre!

A nuestra derecha se alzan, asomadas ya a este valle, cuya posesión nos están disputando los moros, las primeras tiendas del nuevo campamento, en que O'Donnell, su cuartel general y el SEGUNDO CUERPO están seguros de dormir esta noche.

Por último, enfrente de nosotros se levantan en progresión ascendente tres corpulentas lomas, a las cuales sube una columna interminable de soldados y acémilas con cargas de municiones y artillería llevada a lomo, y de las cuales desciende un cordón continuo de heridos... Torrente de sangre que, vomitado por el monte, cruza el llano y va a morir a la mar. Mas lejos se percibe allá arriba una espesa humareda, y, entre el humo, vense brillar a veces nuestras bayonetas, que un sol de fuego hiere desde el meridiano. Y, en fin, en medio de aquella parte de la montaña preséntase una garganta anchurosa, formada por dos alturas gemelas, que es en este momento el verdadero foco de la lucha, y sobre la cual se cruzan los fuegos. Ahora, lo que yo no puedo hacerlos ver ni oír es la luz y la vida de este cuadro, su animación, su estruendo, su ardiente colorido, sus fantásticas proporciones...

Contentémonos, pues, con referir lo sucedido, tal y como me lo refirieron a mí testigos presenciales.

Serían las ocho de la mañana cuando la vanguardia de las fuerzas mandadas por el general Prim (compuesta del batallón Cazadores de Vergara y del regimiento del Príncipe, y mandada por el coronel de este, D. Cándido Pieltaín, a quien yo había visto luego pasar herido por el campamento de la Concepción) pisó las alturas que dominan el Valle de los Castillejos; aquellas mismas alturas que, durante las obras del Camino de Tetuán, habían sido teatro de tan sangrientos y señalados combates.

También por esta vez los aguardaban allí los moros, resueltos a impedirles bajar a la llanura; pero aunque hoy eran muchos más que de ordinario, y su fuego más nutrido, los soldados de Vergara y el Príncipe arremetieron con tal ímpetu, que pocos momentos después la posesión quedó por suya.

Entretanto, algunas compañías de Cuenca atacaban por la derecha unas ásperas rocas, desde donde el enemigo, perfectamente parapetado, hacía fuego sobre los de Vergara; y, en poco tiempo también, todas las rocas eran nuestras, mientras que huían dispersos sus defensores.

Dueño, pues, el conde de Reus de aquella amenazadora meseta, hizo avanzar las demás fuerzas de su mando, y situó la Artillería de tal modo que protegiese el descenso de las otras armas a la llanura, donde se habían acumulado numerosas huestes enemigas, al amparo de la colina y casa del Morabito de los espesos jarales que se extienden hasta aquel sitio desde los cerros de la derecha. El general en jefe mandó entonces al general Prim que bajase al valle y tomase la dicha casa, mientras que enviaba una brigada del SEGUNDO CUERPO a las órdenes del brigadier Serrano, seguida de una Batería de Montaña, a que flanquease un bosque que ocupaban los moros y los arrojase de él a todo trance.

Esta segunda operación se llevó a término en pocos momentos, merced a la inteligencia y arrojo con que la ejecutó el brigadier Serrano y al acierto con que jugó la artillería.

No menos pronta y bizarramente se cumplió la parte encomendada a la división de reserva; pero algunos memorables episodios la hacen digna de más especial mención.

El conde de Reus dispuso que descendiesen simultáneamente a la llanura, por el lado derecho, el batallón de Cuenca, al mando de su bizarro coronel, D. José Estremera; los escuadrones de Húsares por el opuesto lado, y los batallones de Vergara y del Príncipe, a quienes protegía el de Luchana, por en medio, yendo a su frente el propio general. Así llegaron al valle y atacaron a la morisma, en tanto que la Artillería de Montaña seguía disparando desde la meseta que acababa de conquistarse.

Entonces tuvo efecto un rasgo interesantísimo. Nuestra Armada, que, siempre arriada a la costa, seguía los movimientos del Ejército, no contenta hoy con prestarle el auxilio de sus cañones, que no cesaban de lanzar granadas sobre las hordas enemigas, le envió algunos de sus valientes hijos, quienes, mandados por el capitán de fragata D. Miguel Lobo, saltaron a tierra armados de sus rifles, y corrieron al encuentro de nuestras guerrillas, embistiendo y arrollando a los asombrados marroquíes, hasta que, al fin, unos y otros españoles se reunieron en la altura del Morabito, que habían asaltado por dos puntos diferentes.

Al llegar allí, se dieron la mano los nobles compatriotas, tendiendo los ufanos ojos por el suelo que acababan de conquistar juntos...

-¡Viva la Marina! -exclaman los soldados de tierra.

-¡Viva el ejército! -responden los soldados de mar.

-¡Viva España! ¡Viva la Reina! -gritan, finalmente, unos y otros.

Ya estaban en nuestro poder el Valle de los Castillejos, su fortaleza arruinada, y la casa del Morabito... Los moros habían desaparecido como por ensalmo, y la acción parecía terminada definitivamente.

El conde de Reus aprovechó aquel momento de tregua para colocar sus batallones en algunos puntos importantes, y después esperó nuevas órdenes del conde de Lucena.

Pero los moros se anticiparon a indicarle lo que debía hacer. Durante aquel intervalo habíanse reunido todas sus fuerzas, desparramadas antes por los montes y bosques vecinos, y aumentadas ahora con las feroces hordas de Anghera, a quienes el general Echagüe, desde su campamento del Serrallo, vio pasar al amanecer con dirección a Sierra-Bermeja. En cuantiosa multitud, pues, y en grupos más numerosos y apretados que acostumbra, aparecieron sobre la primera y más próxima de las tres lomas consecutivas que, según ya he indicado, se levantan enfrente del Morabito; y aunque desde allí hubieran alcanzado sus tiros a nuestras tropas, tenían hoy tal confianza en la superioridad de sus posiciones y de su número, que se descolgaron sobre la llanura

llevando terciadas a la espalda sus largas escopetas y blandiendo sus cortantes y puntiagudas gumías, entre unos gritos espantosos.

Nuestra infantería salió al encuentro de aquella impetuosa catarata, que parecía querer inundar el valle, en tanto que los escuadrones de Húsares de la Princesa se adelantaron a contener a la caballería africana, que desembocaba al mismo tiempo por la cañada de la izquierda, tratando de recobrar el llano.

Mandaban a los Húsares los comandantes don Juan Aldama y marqués de Fuente-Pelayo. Eran dos bizarros escuadrones, compuestos de soldados escogidos por su valor y gallardía, y de una distinguida oficialidad, en que figuraban todas las aristocracias: la del heredado valor, la del dinero, la del apellido. Yo les había acompañado algunos días antes (bien lo recordaréis), al intentar en este mismo sitio la temeraria empresa que han acometido hoy; yo los vi en correcta formación avanzar contra la caballería árabe, que ya tenía meditada la alevosía que, por último, ha perpetrado, y yo creo verlos también recoger esta mañana el guante que les arrojaron en mitad del llano los jinetes moros, y atacarlos de frente y perseguirlos en su simulada fuga, y desaparecer tras ellos por la tremenda garganta, cuyo término desconocían...

¡Allá van con sus blancos dornanes, con sus impetuosos trotones, con sus fulminantes espadas! La infantería marroquí, que ya asomaba por aquella formidable angostura, es atropellada, acuchillada al paso, puesta en dispersión..., sin que los Húsares se detengan a rematarla. Los caballeros árabes siguen huyendo, por su parte, cada vez más despacio y como extenuados de fatiga... ¡Estos, estos son los adversarios que nuestros jinetes buscan y con los que quieren medir sus armas! Ya los tienen cerca... ¡Ya esperan alcanzarlos!...

Pero en tal momento, al torcer un rodeo de la cañada, encuéntranse sin enemigos delante de sí... Los árabes se han desvanecido como el humo. En cambio, ven blanquear a poca distancia un numeroso y apiñado campamento, todo de tiendas crónicas, encerrado en una depresión que forman cuatro montañas confluentes... ¡Es el campamento musulmán, el cubil de los lobos, la madriguera de los tigres!

Esta inesperada aparición los suspende un punto.

-¡El campamento moro -exclaman, llenos de glorioso júbilo y de mayor denuedo.

-¡Adelante! ¡Adelante! -resuena a todo lo largo de las filas.

Y espolean sus ardorosos brutos, y avanzan con temerario arrojo, sin pensar en lo que allí puede sucederles, ni recordar que detrás de ellos dejan mil enemigos emboscados...

De pronto, la tierra falta bajo sus pies; húndense caballos y caballeros en profundas zanjas, cubiertas de ramas y de hierbas; un jinete rueda sobre otro, y sobre aquel un tercero; fórmanse pilas de miembros palpitantes, que sirven como de puente a los que vienen detrás (y que no pueden contenerse en su desbocada marcha, por empujarlos y precipitarlos los que les siguen), sucediendo, por último, que los que logran salvar Goya, Fortuny y la iconografía de la "Batalla de los Castillejos". Javier Gallego. 2014

una de aquellas cortaduras caen en la inmediata, o, si no, en la tercera, ¡pues tres son los fosos disimulados que estorban el paso a los imprudentes Húsares!...

Al mismo tiempo estalla sobre ellos una tempestad de tiros. ¡Por los dos lados, por la espalda, por arriba, por todas partes, les hacen fuego! Detrás de cada árbol y de cada piedra reluce una espingarda o se ve una nube de humo..., y gritos salvajes acompañan a los disparos, como diciendo a nuestros compatriotas: «¡Os hemos burlado! ¡Estáis perdidos sin remedio!»

Semejantes voces enardecen aún más a los desamparados Húsares... Salen, pues, a duras penas de los fosos, ayudándose, protegiéndose, sosteniéndose, como tiernos hermanos; y, en tanto que unos escoltan y defienden la retirada de los heridos y contusos, llevando los cadáveres sobre el arzón de sus caballos, otros cargan furiosamente a la morisma, acometiéndola por todas partes, revolviéndose entre ella, sembrando la muerte dondequiera que alcanzan sus aceros, y abriéndose camino hasta el llano de los Castillejos por entre densa nube de enemigos.

¡Ni es esto todo! ¡Algunos de aquellos doscientos leones prefirieron morir a emprender esta retirada sin haber realizado antes su loca empresa de profanar el campamento enemigo: avanzaron, pues, hacia él; metiéronse entre sus tiendas; batiéronse allí a pistoletazos y cuchilladas; apoderáronse de una bandera, y volvieron a recorrer aquel pavoroso desfiladero bajo un diluvio de balas, saltando los tres fosos milagrosamente, rescatando aún a alguno de sus camaradas (desnudo ya y en poder de los inhumanos marroquíes), y saliendo, por último, al ancho valle, mermados, sí, pero no vencidos, con la palma del martirio en una mano y con la palma de la victoria en la otra!

En este heroico hecho de armas fueron heridos los comandantes de los dos escuadrones; muertos dos oficiales, y heridos casi todos los demás. Muchos húsares de la clase de tropa exhalaron también su último aliento en aquel campo de honor, y más de treinta lo regaron con su sangre... Pero a todos, cualquiera que haya sido su suerte en tan alevosa asechanza, cabe la misma prez y corresponde igual aplauso, pues todos pelearon como buenos y merecieron bien de la patria.

Entretanto, nuestra infantería había entablado por la derecha una lucha no menos formidable. Los batallones del Príncipe, Vergara, Luchana y Cuenca, capitaneados, que no mandados, por el general Prim, lejos de retroceder ante la formidable avenida de enemigos que se precipitaba de las alturas sobre el llano, opusieron a ella el dique de sus bayonetas y de sus pechos; empezaron por resistirla; la contuvieron después; la estrecharon y quebrantaron en porfiada lucha, y acabaron por rechazarla, por arrojarla al otro lado del monte.

Quedó, pues, nuevamente todo el valle por nuestro. El general Prim eligió entonces la posición en que debía atrincherarse, a fin de acampar en ella esta noche, pues se había hecho muy tarde para continuar nuestra marcha; pero como aquella loma estuviese dominada por la altura siguiente, y los moros comenzaron a disparar desde allí sobre nuestras tropas, hizo avanzar nuevamente al batallón del Príncipe, dejando al de Vergara en el lugar que había de ser campamento... Y aquí principia la parte más ruda y peligrosa de esta empecatada batalla.

Fácilmente, aunque no sin lucha, tomaron los del Príncipe la segunda loma, y nuestra bandera quedó clavada en el terreno que ocupaban antes los marroquíes... Pero habiendo subido allí el conde de Reus, divisó el Campamento moro que acababan de visitar los Húsares; y sintiendo la misma noble codicia de caer sobre él y plantar sobre sus profanas tiendas la cruz de Jesucristo, se preparó para el ataque.

Bien meditado, todo el objeto del movimiento de hoy no era batir al enemigo ni apoderarse de su campo, sino marchar hacia Tetuán. Aparte de esto, la posición de dicho campo era más fuerte de lo que a primera vista parecía, enclavado como estaba en el fondo de cuatro apiñados montes, cuya toma nos había costado larga y sangrienta lucha y distraer nuestras fuerzas de su verdadera dirección... Así lo declaró el general O'Donnell, templando con su inalterable sangre fría la impetuosidad del conde de Reus, quien había bajado al Morabito a consultar el caso.

Desistiose, pues, del ya preparado ataque; pero los moros, que mucho lo temían, sobre todo después de la acometida de los Húsares, emprendieron desesperadamente la defensa de su campo, viniendo contra nosotros con renovado y supremo brío, y empeñando una lid tanto más sangrienta, cuanto que versaba sobre un error. Es decir, que los moros tomaron nuestra resistencia por obstinado ataque, cuando los que atacaban eran ellos, mientras que nosotros nos limitábamos a defender unas posiciones necesarias para cubrir la marcha del ejército por la orilla del mar. Así se explica la tenacidad con que han luchado hoy ambos ejércitos; la mucha sangre vertida en uno y otro lado, y el empeño con que todos pelearon por ser dueños de una cumbre que han abandonado al anochecer, no solo los vencidos, sino también los vencedores.

Pero no adelantemos los sucesos...

Cuando llegué yo al teatro de la batalla, que fue en lo más recio del ataque de los moros contra los batallones del general Prim, la situación comenzaba a ser algo comprometida.

Falto de fuerzas el conde de Reus (pues la línea de batalla se había hecho muy extensa, y él contaba solamente con los fatigados batallones de Vergara, Cuenca, Luchana y Príncipe, muy reducidos ya por tantas horas de mortífero fuego), apeló a todos los recursos para contener al enemigo, cada vez en mayor número; y mientras el Príncipe cargaba briosamente y desalojaba a los moros de sus nuevas posiciones, hizo avanzar a un batallón del 5.º Regimiento de Artillería, a pie, a las órdenes del coronel D. Ignacio Berrueta, dando así lugar a que aquellos entendidos artilleros, que tan brillantemente se habían portado ya, al lado de sus cañones, conquistasen nuevos y muy sangrientos laureles como soldados de infantería.

En cuanto a los moros, perdían sus hombres a centenares. Los encuentros empezaron a tiro de pistola y concluían a boca de jarro; la bala y la bayoneta los herían al mismo tiempo; la carnicería era espantosa; desenfrenado el combate; atroz y nunca vista la manera de pelear.

Mas no bastaba todo esto. Los enemigos se reproducían como la hidra de la fábula. De Tetuán, de Anghera, de todas partes les llegaban refuerzos. Por cada uno que caía

Goya, Fortuny y la iconografía de la "Batalla de los Castillejos". Javier Gallego. 2014

se levantaban diez nuevos combatientes. La fuerza que se acababa de rechazar volvía a la carga al cabo de un instante, tan entera y briosa como al principio... ¡No imaginemos ni por un momento lo que ha podido sucedernos hoy!

Por fortuna, el general en jefe, que seguía desde el Morabito todas las vicisitudes de la batalla, comprendió el apurado trance en que se encontraba el general Prim, y le envió el regimiento de Córdoba, perteneciente al cuerpo de ejército del general Zabala, y a las órdenes del brigadier Angulo.

Este refuerzo no pudo acudir más a tiempo. Los del Príncipe se replegaban ya, no pudiendo resistir al número de los contrarios, que habían apelado a sus cuantiosas y descansadas reservas, mientras que ellos estaban fatigadísimos después de cinco horas de continua lucha...

Llega, en fin, el regimiento de Córdoba. El conde de Reus le manda soltar en tierra las mochilas; deja de reserva un batallón; pónese a la cabeza del otro, y avanza a contener la catarata de enemigos que amenaza sepultar bajo su mole los restos del regimiento del Príncipe.

¡Inútil esfuerzo! El batallón de Córdoba cede también ante las huestes africanas, sin poder avanzar un palmo de terreno. ¡El que lo intenta, muere! Los jefes y oficiales, puestos a la cabeza de sus tropas, pugnan por arrastrarlas en pos de sí... Pero, al primer paso, caen ellos atravesados por las balas enemigas, y su heroísmo sirve únicamente para demostrar que la resistencia es imposible.

Yo vi a Prim en aquel supremo instante (pues me encontraba allí, en compañía del gran dibujante Vallejo), y en verdad os digo que la actitud del conde de Reus era tremenda. Estaba lívido; sus ojos lanzaban rayos; su boca, contraída, dejaba escapar una especie de rugido salvaje. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hacia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, entero y arrebatado a un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que va a atentar contra su vida.

Ya lo había apurado todo: arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y de amigo... Por segunda vez había intentado aquella arremetida, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo... ¡Y el enemigo avanzaba entretanto!..., ¡y las posiciones conquistadas a precio de tanta sangre española iban a quedar por suyas!, ¡y el equipo de aquellos dos batallones caería en poder de los marroquíes!, ¡y España sería vencida por vez primera en el africano continente!...

¡Oh! No. ¡Esto no podía ser! ¡Los leones de Castilla harán un esfuerzo desesperado! ¡El corazón de nuestros valientes responderá al acento supremo del patriotismo!

El conde de Reus ve ondear ante sus ojos la bandera de España, que conduce el abanderado de Córdoba... El semblante del general se ilumina con el fuego de una súbita inspiración. Lánzase sobre la bandera: cógela en sus manos; tremóla en torno suyo, como si quisiese identificarse con ella, y riendo su

caballo hacia los marroquíes y volviendo la cabeza hacia los batallones que deja detrás, exclama con tremebundo acento:

-¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, que son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, que es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general! ¡Soldados!... ¡Viva la Reina !

Dice, y da espuelas a su caballo. Y sin reparar en si va solo o le sigue su infantería, cierra contra las huestes contrarias, con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que asombrados contemplan tan impertérrita figura (...)

La *batalla de los Castillejos* aparece firmada y fechada en la parte inferior derecha del cuadro: Fortuny 1867 (**fig. 8**). Podemos observar que en la “y” final de la firma –en la parte baja- el artista incrusta en letra mayúscula la inicial de la ciudad donde se confecciona el cuadro (en este caso la M de Madrid, en otros lienzos aparece la R de Roma). Hecho de singular importancia, pues es sabido que este año de 1867 Fortuny –que se encuentra en Madrid preparando la boda con Cecilia Madrazo- obtiene la autorización del Director del Museo del Prado para realizar copias de obras de Goya, Velázquez y Ribera, entre otros ⁹. El director de la pinacoteca madrileña no era otro que Don Federico Madrazo, futuro suegro del artista catalán. Fortuny comenta a su amigo Tomás Moragas: “Hoy con lo que he visto de Goya, estoy nervioso ¡si vieras que cosas!... cada día voy conociendo mas que hay mucha afinidad entre lo que él buscaba y lo que yo busco”.¹⁰



Fig. 8

⁹ GONZÁLEZ LÓPEZ, Carlos . y MARTÍ AYXELÀ, Monserrat: *Mariano Fortuny Marsal*. Barcelona : Diccionari Ràfols, 1989, Vol. I, p. 58

¹⁰ Carta de Fortuny a Tomás Moragas. Madrid 1867, octubre. Publicada por Maseras- Fages de Climent, 1932. p. 162.

Goya, Fortuny y la iconografía de la “Batalla de los Castillejos”. Javier Gallego. 2014

Fortuny descubre a Goya en el Museo del Prado . En este museo y en esta fecha de 1867 se encontraba el lienzo con el que hemos de poner en relación el cuadro de Fortuny *La batalla de Los Castillejos*, que aquí presentamos en sociedad: “*El 2 de mayo de 1808 en Madrid*” o “*La lucha con los mamelucos*” (Madrid, Museo del Prado, óleo sobre lienzo, 268,5 cm x 347,5 cm, 1814). Así nos lo indica el amigo de Fortuny y biógrafo de Goya Charles Yriarte (1832-1898)¹¹ . También Yriarte realizó una pequeña biografía del maestro de Reus¹²:

“(…) dans la seconde salle du Musée royal (…) Scène du Deux Mai. La cavalerie de Murat est assaillie par le peuple en armes. Un cavalier mameluk est attaqué par deux manolos; l’un l’éventre d’un coup de couteau et le jette à terre. Un autre homme du peuple saute sur un autre cavalier en levant son poignard”

Allí estaba el lienzo de Goya¹³. Allí lo vio Fortuny y allí se inspiró para realizar este magnífico lienzo: *La batalla de Los Castillejos* .Los paralelismos y similitudes entre la obra del aragonés y la de catalán son claros, evidentes y palmarios.¹⁴

Podemos decir que la obra de Goya es una obra plenamente romántica, que dejó una profunda huella en la pintura patriótica del romanticismo e influyó a numerosos artistas como Delacroix en *La libertad guiando al pueblo* (Museo Louvre-Lens, óleo sobre lienzo, 260 x 325 cm, 1830). También influyó en Fortuny. Las personas y caballos –en ambos lienzos- aparecen cortadas por los límites materiales de la tela del cuadro, dando la impresión de ser una instantánea fotográfica. Goya (**figs. 9, 11**, parte izquierda y derecha del lienzo). Fortuny (**figs. 10, 12**, parte derecha e izquierda del lienzo)

¹¹ YRIARTE, Carlos: *Goya: sa biographie. Les fresques, les toiles, les tapisseries, les eaux-fortes et le catalogue le ouvre*, Henri Plon, Paris, 1867, pp. 86-88,130

¹² YRIARTE, Carlos: *Fortuny- Colletion Les artistes célèbres*. Published by J. Rouam, éditeur, [c. 1886], Paris,, 1886

¹³ Junto a este lienzo también se encontraba “Le Deux Mai” .

¹⁴ A partir de ahora cuando señale a **Fortuny** me referiré al lienzo “*La batalla de los Castillejos*”, (Colección particular, óleo sobre lienzo, 58 x 74 cm, 1867), y cuando señale a **Goya** estaré haciendo mención a la obra : “*El 2 de mayo de 1808 en Madrid*” o “*La lucha con los mamelucos*”(Madrid, Museo del Prado, óleo sobre lienzo, 268,5 cm x 347,5 cm, 1814).



Fig. 9



Fig. 10



Fig. 11



Fig. 12

Las escenas aparecen divididas en dos planos ; en un primer plano se acumulan las figuras y en un segundo los fondos aparecen abocetados como si ambos cuadros estuvieran inacabados de forma intencionada, forzando al espectador a fijarse en la escena principal en el lienzo de Goya (**fig. 13**) el fondo lo constituye unos edificios –aun sin determinar- de Madrid mientras que Fortuny (**fig.14**) opta por situar un espacio vacío y turbio envuelto por el polvo de la refriega y el humo del fuego de cañón y fusilería.



Fig. 13



Fig. 14

Ambas obras centran el foco visual utilizando el mismo recurso: situar en el centro de la composición una figura donde resalta el color rojo sobre un caballo blanco. El rojo de los pantalones del mameluco desangrándose (Goya) y el rojo de los pantalones anchos de Prim sobre su blanco corcel (Fortuny). Con este recurso los artistas definen el objeto de su obra: Goya (**fig. 15**) configura el eje central del mensaje en la rebelión del pueblo, como representante y verdadero héroe de la Patria contra el invasor. Fortuny (**fig. 16**) se centra en la imagen del general Prim, héroe y representante del Pueblo español enarbolando la bandera de la Patria.



Fig. 15



Fig. 16

Sólo los caballos –con su mirada dirigida al espectador- parecen ser los únicos que son conscientes de la irracionalidad de la guerra. Goya (**fig. 17**). Fortuny (**fig. 18**)



Fig. 17



Fig. 18

El realismo se hace patente en las dos obras: los cuerpos de los fallecidos situados en primer plano en posturas muy similares y la sangre de los muertos y heridos junto a sus armas esparcidas por el suelo. Goya (**fig. 19, 21**). Fortuny (**fig. 20,22**).

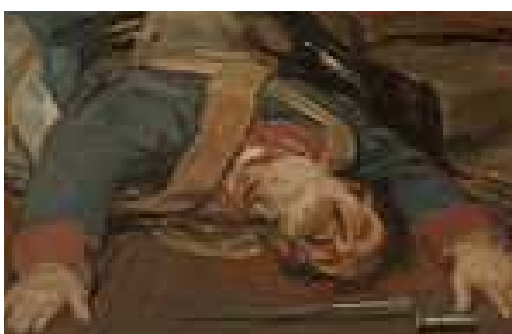


Fig. 19



Fig. 20



Fig. 21



Fig. 22

El dramatismo se refleja perfectamente en ojos desorbitados de los españoles (en Goya en las gentes del pueblo y en Fortuny en los soldados) y la saña con la que acometen unos y otros contra los guerreros musulmanes, en los que el miedo se apodera de su rostro reflejando, con ello, la incapacidad para sostener la avalancha que se les viene encima. Goya (**fig. 23**). Fortuny (**fig. 24**)

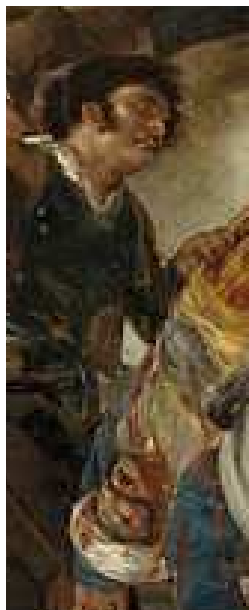


Fig. 23



Fig. 24

Son evidentes las similitudes de los diversos movimientos y escorzos de ambas obras, que vienen a certificar la influencia de Goya (**fig. 25**) en la composición de Fortuny (**fig. 26**)



Fig. 25



Fig. 26

Si observamos detenidamente el la otra parte del díptico del lienzo de Goya *El 3 de mayo de 1808 en Madrid o "Los fusilamientos"*¹⁵. (Madrid, Museo del Prado, óleo sobre lienzo, 268 x 347 cm, 1813-1814, **figs.27, 28, 31**) los paralelismos con el lienzo de Fortuny son evidentes (**figs. 29,30**)

¹⁵ Este lienzo es en realidad el ala derecha de un díptico cuya primera escena representa el día anterior: *La carga de los mamelucos*
Goya, Fortuny y la iconografía de la "Batalla de los Castillejos". Javier Gallego. 2014



Fig. 27



Fig. 28



Fig. 29



Fig. 30



Fig. 31

Otros escorzos y posturas evidencian los paralelismos compositivos. Fortuny (figs. 32, 35, 36). Goya (figs. 33, 34, 37)



Fig. 32



Fig. 33



Fig. 34



Fig. 35



Fig. 36



Fig. 37

La batalla de los Castillejos de Fortuny, junto con *La lucha con los mamelucos* y *Los fusilamientos* de Goya pueden considerarse los últimos Cuadros de Historia que se pintan en España y se diferencian claramente de las otras composiciones que se pintan a lo largo del siglo XIX (entre ellas *La batalla de Tetuán* y *La batalla de Wad Ras* de Fortuny). Aquí hago plenamente mías las palabras de María de los Santos García Felguera¹⁶ : “*En la pintura de Fortuny hay movimiento y color, pero no hay epopeya. No hay epopeya en la inconclusa Batalla de Tetuán, sólo un gigantesco friso de soldados y caballos, de nueve metros por tres, que le había obligado en 1863 a cambiarse de taller por falta de espacio y que, abandonado a su suerte, ocupaba toda una pared del nuevo como un elemento más de la decoración, entre cobres, armas, lozas y otros cacharros antiguos. Su cuadro fracasado viene a ser una constatación de la imposibilidad de hacer Pintura de Historia a mediados del siglo XIX, la impotencia de la pintura para crear grandes máquinas históricas a la manera tradicional. La imposibilidad del Arte, porque no otra cosa sucede con la literatura, por ejemplo, para levantar los monumentos; es decir, para conservar la memoria de las grandes batallas. La Carga de los Mamelucos y Los fusilamientos de la Moncloa, son los últimos cuadros de Historia que se pintan en España, por mucho que luego venga toda la ristra inacabable de pintores oficilaes de la historia con sus innumerables medallas a lo largo del siglo. En realidad, no se trata ya de Pintura de Historia, sino de anécdotas históricas*”. Ciertamente que la autora de estos –en mi opinión- acertados comentarios no conocía la existencia del lienzo de Fortuny que aquí damos a conocer en el bicentenario del nacimiento del general Juan Prim y Prats: “*La batalla de los Castillejos*” (Madrid, Colección particular, óleo sobre lienzo, 58 x 74 cm, 1867).

¹⁶ SANTOS GARCÍA-FELGUERA, María de los : “¡Matad a todos los testigos! Contra la pintura de Historia”, en *Anales de Historia del Arte*, nº. 3, Madrid, Editorial Complutense, 1991-1992, pp. 261-276.

BIBLIOGRAFIA

ACASO DELTLL, Salvador: *Una Guerra Olvidada, la campaña de Marruecos de 1859 y 1860*, Inédita Editores, Barcelona, 2007.

ALARCON, Pedro Antonio de: *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Gaspar y Roig, Madrid, 1860.

ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.) , 29, fol. 512 r, Actas de la Diputación Provincial de Barcelona, de 14 de noviembre de 1856 hasta el 26 de marzo de 1860, sesión de 30 de diciembre de 1959.

ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.), Expedientes de Cultura, Expediente relativo al artista Mariano Fortuny, fol. 88. Carta de Mariano Fortuny dirigida al Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, Paris, 2 de mayo de 1870.

ARCHIVO HISTORICO DE LA DIPUTACION DE BARCELONA (A.H.D.B.), Expediente de Cultura, Archivo 1386. Negociado de Bellas Artes. Expediente relativo al artista Mariano Fortuny, año 1857, fol. 31-32, Carta de Mariano Fortuny a la Diputación de Barcelona, Barcelona de 27 de enero 1860.

CERVINO, Joaquín José: *España en Marruecos, Poema premiado en el certamen extraordinario abierto por la Real Academia Española*, Madrid, 1860.

FORT PRATS, Jaime: *Anales de Reus desde 1860 hasta nuestros días*, Reus, 1928, vol. I, p. 104.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Carlos. y MARTÍ AYXELÀ, Monserrat : *Mariano Fortuny Marsal*. Barcelona : Diccionari Ràfols, 1989, Vol. I, p. 58.

OLIVAR BERTRAND, Rafael: *El caballero Prim* ,Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1952.

SANTOS GARCÍA-FELGUERA, María de los : "¡Matad a todos los testigos! Contra la pintura de Historia", en *Anales de Historia del Arte*, nº. 3, Madrid, Editorial Complutense, 1991-1992, pp. 261-276.

YRIARTE, Carlos: *Goya: sa biographie. Les fresques, les toiles, les tapisseries, les eaux-fortes et le catalogue le oeuvre*, Henri Plon, Paris, 1867, pp. 86-88,130.

YRIARTE, Carlos: Fortuny- Colletion Les artistes célèbres. Published by J. Rouam, éditeur, [c. 1886], Paris,, 1886.